



SANTO DOMINGO

I

Las Momias

Pero entremos en materia. ¿Se dignará el lector seguirnos al convento de Santo Domingo? Al presente sería nuestro paseo un si es no es laborioso, porque eso de embrocarse en un laberinto de columnas truncadas y arcos á medio derribar, pisando fragmentos de cornisas, tropezando con arabescos y hundiéndose en colinas de cascajo y polvo; eso, repetimos, no es ya un paseo, sino un vía-cruis edificante, una peregrinación á Palestina. Pero meses hace, la visita que proponemos tenía un carácter muy diverso: era positivamente un rato de solaz; y co-

mo vamos á retroceder hasta esa época, confiamos en que no será desechada nuestra invitación.

Era una tarde.... la más sobria en poesía que imaginarse pueda; era una tarde.... así, como las de la mayor parte del año, con sus pretensiones de serenidad, sus antojos de lluvia y sus coqueterías de arco-iris y celajes.

El muro celoso que ceñía el atrio del convento, aún estaba en pie: la cerca, la formidable cerca que había rehusado jurar la constitución y había protestado contra las leyes de Reforma, estaba renuente á inclinarse ante los laureles de Calpulápan.

A la entrada se veía sentado en un banco el oficial de la guardia, que custodiaba el edificio. Era un árgos benigno que dejaba paso libre á todos los curiosos, y se hallaba á la sazón en sabrosa y animada plática con varios amigos.... de corbata roja, por supuesto.

En el atrio jugueteaban algunos soldados, haciéndose diabluras, llamándose por sus apodos y echando á correr de cuando en cuando para librarse de la persecución de algún camarada ofendido por sus travesuras. Otros, empleando mejor el tiempo, limpian sus armas ó comen al lado de sus mujeres y

chiquillos, saboreando los placeres de la vida en familia después de las vicisitudes y contratiempos de tres años de combates.

Mas ved al frente, hácia el Norte, la magnífica fachada del templo con sus columnas corintias y su friso, donde el arquitecto ha esculpido todos los risueños adornos del arte; para la atención en esa torre esbelta, desde cuyos arcos salían no ha mucho escandalosas voces de júbilo, como una monstruosa y sostenida carcajada. Una gasa de tristeza parece cubrir todo el monumento; la gran puerta está desdeñosamente cerrada; las campanas guardan silencio, y entre los arcos de la torre no se ve más que un sér viviente.... un soldado que, puesto de codos sobre un balcón y sacando la rodilla por entre dos balaustres, contempla con aire de indiferencia el espectáculo que tiene á la vista.

A la izquierda se abre el vestíbulo del convento, notable por la solidez de su construcción; pero lóbrego como la boca de una caverna. Sigue la portería; y si es cierto que los conventos se edificaron á imitación de las casas romanas, esta parte del que observamos corresponde al *prothyrum*, ó sea pasadizo entre la puerta que daba á la calle y la

interior que comunicaba con el atrium ó cavaedium.

Por lo demás, nada notable recuerda la portería, si ya no es el hecho de haber estado en ella la célebre cruz verde del Santo Oficio, que según nos informa Alamán en sus Disertaciones, permanecía allí colgada todavía hasta su tiempo.

Pasemos adelante.

En lugar del pacífico donado, nos encontramos á la puerta un grave centinela de mirar hosco y áspero bigote, que con voz tremenda nos grita: ¡atrás!

—Permítanos usted un solo momento

—¡No hay orden!

—Venimos á ver las momias.

—Ya pasó la hora.

Desconsolados por tal recibimiento, no teníamos otro recurso que volver pie atrás, pero he aquí que un incidente viene á favorecer nuestros deseos.

Un murmullo sordo al principio y después clamoroso se deja oír á lo lejos en el patio. —¿Qué será eso?—Espere-
mos.

Era un concierto grotesco formado de voces femeniles mezcladas con gritos roncós y salvajes: era una riña; los contendientes se acercan, ya se oyen más

distintas las palabras, ya vemos á los que las profieren.—¡Cabo cuarto!, exclama el centinela, y acude el cabo, y acude el Oficial de guardia, y acuden todos los soldados y... y á río revuelto, ganamos nosotros la entrada del patio.

Aunque ya otra vez habíamos visitado aquel lugar, no pudimos menos de detenernos á ver los corredores. El patio es un cuadrado amplísimo, y su centro está ocupado por una fuente que ha substituido al impluvium de los antiguos. El techo de los cuatro corredores se halla sostenido por veintiocho arcos, que descansan sobre elegantes pilastras; y á pesar de lo ahumado de los muros interiores y del ambiente húmedo y sepulcral que allí se respira, el efecto de la airosa columnata, no puede ser más agradable.

Del patio, y siguiendo el corredor de la derecha hasta su extremo, pasamos á una galería vasta, aunque oscura, donde nos llamó la atención un espectáculo extraño y lleno de vida. ¿Quién podía esperar ver en aquel recinto á más de cincuenta soldaderas entregadas, cerca del fuego, á las ardientes faenas de la cocina! Unas asaban carne, envueltas en nubes de humo; otras agitaban compasadamente el aventador para avivar

el fuego; ésta, con el mismo objeto, sopla sobre los tizones, y la llama refleja sobre su rostro como si la encendiera; aquella empuña varonilmente una enorme cuchara, y metiéndola en la olla la mueve circularmente con un ruido particular; la de más allá trata y regatea con algunos vendedores de comestibles; finalmente, todas charlan y rien, formando una algazara no interrumpida.

La travesía por aquel océano cocinal fué árdua; pero al fin llegamos á la escalera que conduce á las galerías superiores, y un momento después nos hallábamos en el claustro, á cuyo extremo se ve la capilla que encerraba las momias.

Por las paredes cubiertas de polvo y telarañas, el altar vestido de luto, el retablo apolillado, y en suma, por el aspecto de antigüedad, de vejez, de decrepitud, que se notaba en la capilla, cualquiera la hubiera juzgado digna tumba de los restos humanos que ostentaba; era también un cadáver exhumado; la momia de la arquitectura que acogía en su regazo á otras momias.—Estas se mostraban al través de una reja gótica, la mayor parte en fila, reclinadas sobre una banca, en pie, y con el semblante hacia los espectadores.

Digna era, por cierto, de observarse aquella entrevista de la vida con la muerte, de los inquietos huéspedes del mundo con los silenciosos moradores del sepulcro; aquella hilera de seres animados, alegres, llenos de curiosidad, en frente de otra hilera de seres misteriosos, quimeras de hombres, fábulas de vivientes, que no tenían ojos y parecían ver, que no tenían labios y parecían recibirnos con un gesto de indiferencia ó de ironía; aquel encuentro singular entre las miserias y las glorias de la generación actual y las reliquias de las anteriores; y finalmente, aquel saludo del presente al pasado, del tiempo á la eternidad.

¡Oh!, aquellos restos enjutos y cubiertos de harapos, esas estatuas de polvo, hojas secas desprendidas del árbol de la humanidad, eran una lección imponente! Pero ni el tiempo ni las circunstancias nos permitieron aprovecharla. Después de un período altamente filosófico en que combatió gloriosamente una idea contra otra idea, un principio contra otro principio, empezábamos á en volvernos en el humo de las pequeñas miserias de partido; al drama sucedía el sainete: después de una guerra titánica entrábamos con mucho calor y seriedad

en el combate liliputiense de los lazos rojos con los lazos verdes.

Pero no todos los frutos de un árbol son lozanos y gustosos; prodúcelos también amargos y raquíuticos: dejemos á cada tiempo lo que da, y volvamos á las momias.

Tarea difícil y enojosa sería referir los diversos juicios que sobre ellas se formaron. Por muchos días, cada uno pensó y creyó lo que primero se le vino á las mientes: circulaban comentarios, se aventuraban conjeturas, llovían amenazas de venganza, se daban la mano las consejas, brotaban gritos de indignación y tropezaban unas con otras las explicaciones, ¿y todo para qué? Para explicar la inesperada aparición de unos pobres frailes desecados que esperaban tranquilamente en el osario el clamor de la trompeta del juicio final, y no contaban con que manos caritativas habían de ir á turbar su sueño para dar un espectáculo curioso, una función gratis á los habitantes de la capital. Pero esto merece una brevísima advertencia.

Hay en nuestros partidos políticos ciertos entes que son, con todo rigor, los mites de la gran revolución social, que en el país se representa. Por de contado que ellos se consideran personajes

de importancia y de los más bien iniciados en las tradiciones y misterios de su comunión: ellos son los que en el periodo de caída encuentran á usted en la calle y con aire cauteloso le dicen:—¡ estamos conspirando!—y ellos los que en tiempo de alta, le dicen á usted, estrechándole la mano con tono afabilísimo:—¡ amigo!, parece que no **governamos** tan mal: ahora puede usted colocarse; voy á solicitar un empleo para usted, y espero que no **nos** desairará. Todo lo saben, de todo hacen un secreto, cualquiera palabra suya es una revelación; cuando despliegan los labios es menester creerlos como á un oráculo; andan siempre con aire apresurado, no tienen tiempo que perder, desempeñan comisiones de cuenta, son el **factotum** de los ministerios, y empuñan el timón del gobierno, ni más ni menos que como araba la mosca pegada al cuerno del buey.

Para ellos debe representarse el partido como los sacramentos, con signos sensibles: el traje y todo lo concerniente á la persona debe ser consecuente con la idea política. Así es que el conservador usará patillas, sombrero alto indispensablemente, cuello erguido y rebelde, pantalón negro, prendedor en la ca-

misa, y pese á quien pesare, capa española.

El liberal cometería un crimen de lesa-nación si renunciara al **fieltro**, que es el sombrero democrático por excelencia, y ni todos los amagos de guerra extranjera le obligarian á abandonar la cinta del reloj y la corbata rojas.

Sus principios, si son realmente principios los que profesan, se encierran en el dogma del exclusivismo y la incompatibilidad.—¿Trata usted á fulano?—¡qué!, ¡cómo!, ¡si es un puro!—¿Y usted aprecia á Zutano?, es hombre de mérito.—Ni por pienso; no entran en mi reino los retrógrados.

En sus apreciaciones campea la calumnia, y creen muy formales hacer un servicio á su casa, procurando desacreditar la contraria, aun cuando para ello se valgan de sandias especies ó de tradiciones fabulosas.

El conservador cree á pie juntillas que todos los puros son herejes ó punto menos que ateos; ningún liberal obra de buena fe; todos persiguen sistemáticamente al culto católico y á sus ministros, permiten la libertad de imprenta para desmoralizar al pueblo, y pretenden entregar á la nación en cuerpo y alma á los yankees.

En cambio, el puro sostiene á capa y espada que los conservadores nos venden á España; que todos son hipócritas, falsos, déspotas, ignorantes y acérrimos partidarios de la inquisición. Concretándonos al asunto que nos ocupa, conoce tan ampliamente la historia del país, que, en su concepto, los frailes no vinieron á México sino para sistemar la tiranía; ningún beneficio se les debe; todos son y han sido un hato de zafios, inteligentes sólo para apropiarse los bienes ajenos, y promover autos de fe: ¿se extrañará, según lo dicho, que los liberales de esta ralea hayan querido hacer creer al vulgo que las momias eran frailes emparedados, víctimas de las venganzas de sus propios hermanos, ó del implacable tribunal del Santo Oficio?

Por fortuna no todos se dejan alucinar con los engendros de álmavisionarias. La exhumación se hizo á presencia de muchos, y antes de ocho días todos sabíamos que las momias fueron extraídas del osario del convento, donde reposaban como cualesquiera otros cadáveres de los hijos de la orden.

Hay más: un librito escrito con veracidad hizo populares los nombres que tenían cuando Dios las animaba con su

aliento de vida. Entre ellos, ¿quién no recordará con admiración y gratitud el Dr. Fr. Servando Teresa de Mier?

Este religioso fué uno de los primeros mexicanos que se presentaron con lucimiento en Europa, acreditando que la nación no era indigna de ocupar lugar entre las civilizadas. En todas partes le granjeaban amigos su conducta intachable y modales decentes, al paso que era estimado por su claro talento y sus letras. Durante los doce años, poco más, que residió en Inglaterra, vivió entregado á labores científicas, y estableció una academia de idiomas, en la que él mismo enseñaba español, francés, italiano y latín; esto ciertamente no dejaria de llamar la atención en un tiempo, (hacia fines del siglo pasado), en que tan pobre idea se tenía de nuestros paisanos.

Pero el hecho más relevante de su vida fué la parte tan activa y gloriosa que tuvo en la independencia de la patria. El comprometió al General Mina á venir á México, proporcionándole los recursos necesarios para organizar su ejército; juntos desembarcaron en Soto la Marina; juntos batallaron contra el poder colonial, teniendo por mucho tiempo una parte igual en los favores y en los reverses de la fortuna. Y bien mira-

do, esta consagración eficaz y exclusiva otorga al Dr. Mier mejores títulos á nuestra gratitud, que aún al propio Mina; éste, como él mismo declaró, "no había pasado á América á favorecer directamente la revolución, pues que no amaba á los americanos ni mucho ni poco."

Además, para que no faltase ningún mérito al P. Mier, su amor á la independencia le acarreó amargos sinsabores. Sufrió destierros, prisiones y tratamientos indignos con la serenidad de un héroe, con la maravillosa resignación de un mártir.

Después, verificada ya nuestra emancipación política, tuvo asiento en el primer Congreso constituyente, siendo uno de los individuos que formaron la Constitución de 24. Murió tres años después, generalmente sentido, legando á la posteridad varias producciones de su pluma, entre otras las célebres **Profecías** y una relación de sus viajes por Europa. ¿Pudieran muchos presentar una vida mejor empleada?

Pero volviendo á las momias, se asegura que una ha sido donada á la Escuela de Medicina, y cuatro van á ser transportadas ó ya lo fueron, á la República de Buenos Aires. Si lo último es cierto,

y entre ellas va la del Dr. Mier..... ¡raro en verdad es el destino de este hombre! Su suerte es viajar aún después de muerto, como el Cid guerreó contra los moros ya convertido en cadáver.

Lejos estábamos de prever este paradero, los que arrimados á la fría reja contemplábamos sin repugnancia. y antes bien poseídos de un sentimiento indefinible, aquellos seres silenciosos que parecían próximos á convertirse en polvo; aquellas sombras de faz indecisa, evocadas de un mundo lejano para venir al nuestro, á patentizarnos con lenguaje insinuante la vanidad de la vida.

Una vez apagada la curiosidad. discutimos por el claustro un momento, con la íntima convicción de ser éste el último que nos era dable aprovechar para ese objeto, porque ya la demolición se preparaba á sus faenas. La soledad y el silencio habían invadido aquellas galerías que parecían interminables: la noche estaba próxima, y el crepúsculo les comunicaba por las estrechas ventanas uno que otro rayo de claridad enfermiza y pavorosa.

Volvimos á bajar por la escalera que remata en la ancha y espantosa galería donde las soldaderas tenían senta-

dos sus reales. Las tinieblas anidaban en la bóveda; seguían con el mismo ardor la charla y las maniobras; las risotadas tenían eco en el claustro, y las fogatas esparcidas por el desigual pavimento, alumbraban las paredes de los lados con una luz infernal.

Allí supimos la causa de la riña que nos facilitó la entrada al convento. Un soldado había tenido en México sus quebraderos de cabeza antes de partir á la campaña, y cuando volvió con el ejército triunfante, traía consigo á una tapatía por **esposa**: las sirenas de la capital, luego que le vieron sano y salvo, le reclamaron por suyo; él se burlaba de todas; pero la tarde á que nos referimos, tuvieron ellas una entrevista en la susodicha galería: cada una alegó prioridad de derecho; aquello fué una cuestión legal, una conjuración. Pero cuando todas disputaban y ninguna se vencía, aparece el soldado, causa de la quimera, y todas arremeten contra él como furias....

Quando atravesamos el patio, ya iba entrando la noche; y mientras las pilas-tras se dibujaban en un claro-oscuro, reflejaba la luna su luz en la parte superior de los muros, como una caricia melancólica.

Seguimos nuestro camino, y á un lado de la puerta, vimos otra vez al centinela que descansaba en su arma, inmóvil y callado como la estatua de la vigilancia, que decora la entrada de la mansión del reposo.

II

Pasado.

¿Pero nada dicen al pensamiento estos lugares? ¿No hiere vivamente á la imaginación este sello particular que distingue á los antiguos monumentos de las obras de ayer? ¿Quiénes echaron los cimientos de estos muros? ¿Cuáles son las santas memorias que encierran, y los dramas silenciosos de que han sido teatro? ¿Permanecerá muda la historia á nuestras preguntas? Volvamos la vista al océano.

Era una mañana esplendente: el cielo ostentaba su azul purísimo, exento de la más ligera nube; parecía la mirada del Eterno fija sobre la naturaleza y complacida en su gallarda hermosura.

El sol, que brotaba del seno de las ondas, derramaba torrentes de gloria y

se levantaba lentamente, como bañándose en el mar.

En estos momentos de amor inefable y recogimiento sublime, en que todo ruido es armonía, todo afecto adoración, y toda palabra un himno; en estos momentos de animación universal, los habitantes de Veracruz se hallaban en la playa con los semblantes convertidos al Oriente. ¿Qué buscan sus ojos en las remotas soledades del piélago?

Mírase en el horizonte un objeto de forma indecisa que se acerca majestuosamente. ¿Será una nube impelida por los halagos de la brisa? ¿Será un cisne que tiende sus blancas alas sobre la espuma y se goza en vagar al capricho de las olas?

Es una vela.

Poco á poco se va distinguiendo su figura.

A medida que se acerca, sube de punto la curiosidad y toma creces el regocijo en el concurso que la espera.

Ya está en el puerto. Al mudo interés de los espectadores siguen aclamaciones entusiastas.

Viene en esta nave el Lic. Luis Ponce de León, que sucederá en breve á Cortés en el gobierno de México; pero trae asimismo á doce personajes miste-

riosos, cuyos nombres no se proclaman; pero á quienes todos miran con el mayor rendimiento y veneración.

Al día siguiente se les ve tomar su camino hacia la capital, solos, sin aparato, sin el séquito fastuoso con que más tarde emprendían su viaje los vireyes.

Con todo, su peregrinación es un triunfo: por todas partes salen los naturales á recibirlos con cantos y danzas, ofreciéndoles ramilletes fragantes y vistosos. Una voz interior aseguraba á los infelices indios que éstos nuevos huéspedes, pobremente vestidos, y en cuyo modesto semblante leían la benevolencia, no eran como los hijos de Tonatiuh que fulminaban rayos, convertían en ceniza los pueblos y reducían á servidumbre á los moradores de Anáhuac.

Por eso los recién venidos eran objeto de éstos y otros mil agasajos: el sentimiento que despertaban en cuantos los veían, era el que excitan los enviados de la Divinidad.

Contemplaban ellos, radiantes de júbilo, las selvas vírgenes que los acogían en su seno de perfumes, los valles dilatados donde se espacia la vista por alfombras de lirios y gentiles arboledas; las cataratas les hablaban el idioma del desierto; una brisa balsámica les daba

el ósculo de paz; aves de nunca visto plumaje seguían sus pasos, vertiendo la magia de la armonía, y hasta las nevadas cumbres de la excelsa cordillera, parecían inclinarse á darles la bienvenida.

En medio de esta pompa risueña llegan á esta ciudad, de donde sale á recibirlos lo más granado de la nobleza española recién avecindada, y á su frente el conquistador. Todos á porfía se empeñan en darles las más brillantes pruebas de amistad y acatamiento; pero ninguno se extremó tanto como Cortés. Arrodillado delante de cada uno, le besaba las manos y vestidos, poniéndoselos en los ojos y sobre su cabeza.

Los hombres que movían las fibras más delicadas de tantos corazones, en quienes se cifraban tantas esperanzas, y cuya presencia se consideraba como un dón del cielo, eran doce frailes humildes, pertenecientes á la religión que produjo á Santo Tomás de Aquino, el varón más docto de su tiempo, y en la que florece el P. Lacordaire, dechado de predicadores; eran los primeros religiosos de la orden de Santo Domingo, que pisaban nuestro suelo.

Esta entrada en México, se verificó en 23 de Junio de 1526.

El origen de la venida de los religio-

sos, no fué sino el celo en que ardían en aquella época todos los varones apostólicos por extender el imperio de la fe en las regiones del Nuevo Mundo, recientemente conquistadas. Y no cabe duda en que la mies que hablan de cosechar era copiosa.

Nuestros frailes vinieron de España enviados por su general, que lo era á la sazón el P. Fr. Silvestre de Parra. Fueron cinco de la provincia de Castilla:

Fr. Tomás Ortiz, vicario,
Fr. Vicente de Santa Ana,
Fr. Diego Soto Mayor,
Fr. Pedro Santa María, y
Fr. Justo de Santo Domingo.

Tres de la provincia de Andalucía:

Fr. Pedro Zambrano,
Fr. Gonzalo Lucero, diácono, el lego
Fr. Bartolomé de Calzadilla ó Salcedilla, según otros.

No quizo más de ocho religiosos el vicario, porque traía noticia, según refiere un cronista, "del bendito P. Fr. Domingo de Betanzos, que estaba en la Isla Española, y traía licencia del general para que de aquella provincia pudiese hacer cumplido el número de doce religiosos para México." Este número era

sagrado, y hacía alusión al de los apóstoles.

En efecto, al pasar por la Isla de Santo Domingo, se unieron á los viajeros, además del referido P. Betanzos, otros tres, con los cuales se completó el número deseado, y fueron:

Fr. Diego Ramírez,
Fr. Alonso de las Vírgenes, y
Fr. Vicente de las Casas, novicio.

Recibidos en esta ciudad, como se ha dicho, fueron llevados en procesión al convento de San Francisco, donde se hospedaron, manteniéndose en él tres meses, hasta Octubre del mismo año, que fueron al sitio que se les señaló para fabricar su convento, en una casa que estaba donde fué después la Inquisición, y probablemente donde hoy está la Escuela de Medicina.

Pusieron manos á la obra, y en poco tiempo consiguieron darle cima; pero los acogió tan mal el temperamento, que en menos de un año murieron cinco religiosos y enfermaron los demás, de suerte que el año siguiente de 1527, Fr. Tomás Ortiz, que vino de Superior, tuvo por conveniente regresar á la Península, y con él otros tres religiosos.

Pasó después en 1528 el mismo P. Ortiz con otra mision de veinte religiosos á Santa María, de órden del Emperador, quien al año siguiente lo hizo Obispo de allí, y fué el primero de aquella provincia: con esto ya no quedaron en México sino tres frailes, que fueron Fr. Diego Lucero, Fr. Vicente de las Casas y el P. Betanzos, á quien se debe no sólo la fundación de este convento, sino de toda la provincia de Guatemala.

Permanecieron los religiosos en el sitio indicado hasta el año de 1530. El gobernador Juan Alonso de Estrada les señaló y dió el de la esquina de enfrente, y según nos informa el escritor de quien tomamos esta noticia, "labraron allí su convento á costa de la real hacienda, cuya iglesia se dedicó el año de 1575, y el año de 1590 á 8 de Diciembre, la consagró el señor D. Fr. Alonso de Guerra, religioso de la misma orden, y Obispo de Michoacán; pero después, como la iglesia y convento por lo cenagoso del sitio estaban tan maltratados y hundidos, el día 6 de Julio de 1716 se anegó de tal suerte la iglesia y oficinas bajas del convento, que le fué preciso al provincial, que lo era á la sazón Fr. Francisco Aguirre, juntar sus Padres á consejo, y fabricar nueva iglesia y conven-

to, que con efecto se resolvió, y desde luego se comenzó con bastante ardencia, de suerte que en 3 de Agosto de 1736, se dedicó la nueva iglesia enteramente acabada, que es uno de los más magníficos y suntuosos templos de la ciudad." Costó más de doscientos mil pesos.

"Su situación es de Norte á Sur; á este viento la puerta, y á aquél el altar mayor; tiene seis capillas á la banda del Poniente y cinco á la del Oriente, todas magníficamente adornadas, y la del Rosario puede servir de iglesia principal.

"Este convento es la cabeza de la provincia, la que hizo independiente de la Santa Cruz de la Isla Española, que pretendía tenerla unida, el P. Fr. Domingo de Betanzos, fundador de ella, que el año de 1531 pasó á España á este efecto, y consiguió dos bulas del señor Clemente VII, la una fecha en Roma á 2 de Julio de 1532 y la otra en Bolonia, á 8 de Mayo de 1533, y patente de su general para erigirla en provincia, separada é independiente de la Santa Cruz de la Isla Española; y por haber llegado á México en 24 de Julio de 1533, víspera del apóstol Santiago, le tomaron por su patrono, y se intituló la provincia de Santiago de México, orden de predicadores."

En cuanto á la capilla del Rosario, se dedicó en 29 de Enero de 1690, habiendo sido abierta á los fieles el día anterior. El diario del Lic. Robles nos describe este suceso de la manera siguiente:

“Sábado 28, se abrió la capilla del Rosario, y se trajo la Señora del Rosario, á las cinco de la mañana á Catedral, de donde volvió en procesión á la tarde; y fué el señor Arzobispo en ella vestido de pontifical, y asistió el virey y ciudad; hubo muchos fuegos; fué por las Escalerillas á la calle del Reloj por la Encarnación.”

Del claustro no sabemos más, sino que se dedicó con procesión y sermón el 29 de Septiembre de 1692.

Fundáronse asimismo otras dos capillas con entrada por el atrio, mirando al Oriente: una dedicada al Señor de la Espiración, cuyo altar mayor da frente á este mismo rumbo, y otra que es de la Tercera Orden, se extiende de Norte á Sur, quedando el altar mayor hacia este último viento.

Tal es el cuadro en que encerramos la historia de la fundación del primer convento de dominicos en el país: de intento hemos renunciado á darle mayores dimensiones por evitar la proligidad que resultaría de incluir en él pormeno-

res que pudieran acaso parecer impertinentes ó fastidiosos. Sin embargo, no es dable referir este suceso, sin trasladarse á la época en que se verificaba, y contemplar con interés, con cariño y admiración el grandioso espectáculo de la lucha de dos civilizaciones, ambas antiguas, imperfectas ambas, de las cuales una moría y la otra empezaba á aclimatarse en nuestro suelo. Llevaban la parte más meritoria en esta labor difícil los primeros varones apostólicos que llegaban á la capital, los cuales no bien se proporcionaban un albergue, cuando cediendo á los impulsos de la caridad, daban principio á sus misiones, sembrando entre los idólatras la semilla del Evangelio y con ella las primeras ideas de reconciliación entre las razas vencida y vencedora. Ellos fueron—preciso es confesarlo con la antorcha de la historia en la mano—ellos fueron los primeros que levantaron la voz indignada contra los desmanes sacrílegos de los conquistadores, y armados de la cruz se colocaron entre éstos y los oprimidos mexicanos, como un escudo de acero. No se encerraron en el lóbrego recinto de sus misterios, como los sacerdotes de Egipto; por el contrario, llamaron á sí y á la participación de sus luces, á to-

dos los menesterosos; y en vez de contentarse con dar oídos á los que pedían su ayuda, iban ellos mismos á buscarlos á sus moradas, arrostrando todo género de peligros. Así fué como dieron principio á una conquista más suave, sin valerse de otras armas que la palabra y el ejemplo; así fué como se esparcieron paulatinamente por el territorio nacional, descubriendo nuevos países, impulsando los adelantos de la geografía, estudiando la historia y las lenguas indígenas, perfeccionando las nociones que se tenían sobre agricultura, introduciendo nuevas artes, y ganando al mismo tiempo prosélitos del cristianismo y de la civilización.

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro, es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostólica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recién hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y dominicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro, son menos acreedores á las miradas de la

posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de México

III

Fray Domingo de Betanzos

Nació este varón insigne en León de España, no se sabe á punto fijo el año ni el día. Desde sus primeros pasos en la vida, dió claras muestras de lo que alcanzarla en la edad proveyta, siendo por esta causa la delicia y la admiración de sus padres, que figuraban entre las más ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposición para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose después á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio más fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecía su alma en ciencia y en virtud.